

El pueblo que ocupaban los insurgentes estaba próximo á san Gerónimo Aculco, donde tuvo lugar la batalla.

Allende situó á su ejército en una loma, poniendo bajo sus fuegos al pueblo y la campiña donde comenzaba á tomar formacion el ejército de Calleja.

El terreno no podia ser mas favorable, los costados Oriente y Norte de la campiña, están rodeados por un arroyo y una barranca, que aunque no es profunda es de difícil acceso.

El costado menor termina en una extension de cuatrocientas varas, en el pié de un cerro aislado, primer eslabon de una cordillera gigante; el otro costado, es el declive de la sierra que á una corta distancia comienza á ser inaccesible.

Decididamente la posicion era ventajosa para Allende y estuvo en su derecho al esperar á su enemigo.

En los bordes de la loma colocó su artillería, extendiendo su batalla hasta las orillas de San Gerónimo, que fué replegándose á su campo al tomar posiciones las fuerzas enemigas.

A la retaguardia puso Allende á todo lo sobrante de su ejército que excedería de treinta mil hombres, porque el desbandamiento habia comenzado, como era natural, con la retirada de México.

Dice el historiador Alaman, que "Calleja dispuso su ataque en tres columnas formadas por los dos batallones de granaderos de la Columna y el regimiento de la Corona con dos piezas de artillería cada una: los dos costados los formaban dos fuertes secciones de caballería, con dos cañones ligeros la de la derecha, dejando una reserva y un cuerpo de infantería lijera."

Comenzó la batalla.

Las columnas realistas avanzaron, y fueron recibidas á metralla por la artillería de los insurgentes; entónces vacilaron en el ataque y comenzaron á perder su formacion, cuando Calleja las hizo desplegar en batalla para evitar el estrago que causaba en ellas la artillería.

CAPITULO III.

LA BATALLA DE ACULCO.

I.

El general Allende organizó su retirada levantando el campo la mañana del 2 de Noviembre, con tan buen éxito y en tan ordenada formacion, que Venegas no se atrevió á salir á librarle una batalla.

El ejército siguió en marchas inversas por el mismo camino.

Calleja sin saberlo, venia á su encuentro por Querétaro, donde habia pernoctado el 1.º siguiendo por la Estancia, San Juan del Rio, San Antonio, Arroyozarco y Aculco, donde llegó al caer la tarde del dia 6.

Calleja acampaba á dos leguas del ejército independiente, ignorando que el ruido de sus trenes era escuchado por el enemigo.

Allende venia contrariado por la retirada del Monte de las Cruces y estaba ansioso de pelear, así es que al avisarle sus avanzadas que Calleja estaba á la vista se dispuso á esperarlo y librar un combate.

Este movimiento, ejecutado con la prontitud que demandaba el peligro, impuso algo á la gente bisoña; no obstante, el fuego continuaba, y las posiciones no cederian al empuje de aquellos soldados que llegarían á la loma diezmados por el fuego.

El éxito de las batallas depende de una circunstancia cualquiera. Allende continuaba sereno, acribillando á su enemigo que no se atrevia á adelantar un paso, permaneciendo en su cadena de batalla cuyos eslabones caian en pedazos al golpe de la metralla.

Calleja no cesaba de jugar su artillería en toda la extension de su línea, sin conseguir algo que pudiera indicar un segundo movimiento cabe de avance ó de retroceso.

Los indios presenciaban la accion llenos de inquietud, tenían presente la mortandad de las Cruces y esto los tenia un tanto desmoralizados.

Largo tiempo permaneció estacionario el campo, Allende no queria emprender movimiento alguno, porque desconfiaba no del valor de su gente, sino de su pericia militar.

Calleja hizo avanzar su caballería amenazando la retaguardia enemiga.

La multitud, que no esperaba ese cambio, se encontró desprevenida, y comenzó á huir y á desbandarse en todas direcciones, quedando en pié la tropa que defendia las posiciones desde el principio de la batalla.

Abasolo y Aldama se acercaron á Allende.

—Veis lo que pasa, señor general?

—Sí, dijo Allende con perfecta serenidad, es necesario salvar á esos hombres; yo me quedo deteniendo al enemigo, adelantaos con la jente, reunidla á la mas corta distancia que podais, y seguid vuestro derrotero.

—Yo, señor general, gritó Aldama, yo me quedo á morir mientras el ejército se salva.

—Que marcheis os digo!

—Permitidme----

—Yo os lo mando!

Abasolo y Aldama reunieron á los demas jefes, y con la tropa organizada comenzaron á contener el desórden, mientras Allende rechazaba á los dragones con su artillería.

Calleja aprovechó el momento, los clarines tocaron al asalto y la línea de batalla replegándose en columna y precedida por los tiradores, ascendió por la pendiente hasta llegar á la loma, donde unos cuantos soldados defendian heróicamente el último parapeto, mientras sus hermanos se salvaban de la derrota.

Entónces comenzó lo de costumbre en aquella época, el asesinato de los vencidos: ciento y tantos insurgentes fueron acuchillados por los realistas.

Allende sin violentar el paso de su caballo se alejó del campo batiéndose en retirada, hasta ponerse fuera de la persecucion del enemigo, que no queriendo malograr su victoria, se replegó á sus posiciones, llevando en triunfo la artillería que Hidalgo arrancó tan valientemente á Trujillo en el Monte de las Cruces.

Al último acto de las tragedias está reservado el espectáculo de una catástrofe.

Despues de la batalla, la caballería presentó unos cuantos prisioneros, entre ellos veintitres soldados provinciales.

Todos venian maltratados horriblemente por los vencedores.

Formaron en la plaza á los desgraciados y Calleja los mandó *quintar*.

Comenzóse á contar por la derecha, y el infeliz que era señalado por la fatalidad era fusilado instantáneamente delante de sus compañeros; el resto marchó al presidio á consumir la existencia que se le regalaba por el vencedor.

Calleja declaró que la revolucion habia concluido, y renovando la disposicion de Venegas puso á precio las cabezas de Hidalgo, Allende, Abasolo y los hermanos Aldama.

II.

Llegó la noche de aquel día terrible, cuando de una de las casas de san Gerónimo Aculco salió una viejecilla con una linterna sorda, y adelantándose al campo de batalla, comenzó á buscar entre los muertos deteniéndose largo tiempo ante cada uno de los cadáveres.

—No, no es este, decia, y continuaba en su tenebrosa operacion.

Cuando hubo reconocido aquel terreno ensangrentado, tornó satisfecha al pueblo y llamando á la puerta de una casuca, dijo en tono gangoso y disfrazando completamente la voz:

—Se puede dar posada á una pobre vieja?

—Adelante! gritó la conocida voz de Treviño.

—Señor y señorita, dijo la estantigua, soy madre de un oficial del ejército de Calleja, y vengo en busca de mi hijo; me ha sorprendido la noche y no encuentro hospedaje en el pueblo.

—Entre la buena vieja, y cene con nosotros.

—La señorita está llorosa, ¿le ha pasado alguna desgracia?

Rosalía no respondió.

—Comprendo, continuó la vieja, que la señorita es esposa de algun oficial y tiene la misma afliccion que yo.

—Es verdad, murmuró el inválido, el marido de mi hija ha desaparecido.

—Entre desaparecer y morir hay una gran diferencia.

—Eso le digo á Rosalía.

—Yo he buscado entre los muertos; conozco á la mayor parte de ellos, y si tuviérais la bondad de decirme su nombre acaso acaso podria daros razon.

—Habeis estado en el campo?

—Precisamente, venia de buscar á mi hijo.

—Conoceis al capitan don Félix de Quintanar?

—Vaya que si le conozco, mas que á mis manos, ¡guapo mozo! conozco tambien á su hijo ¡linda criatura! ha estado en el pueblo de Dolores algun tiempo, es decir, hasta la noche de la revolucion.

—Luego vos tambien me-conoceis.

—Precisamente, fuimos vecinos; os veia salir todas las mañanas con el chiquillo á tomar paseo bajo los árboles de la plaza: por cierto que el chico es un travieso de cuenta, muchas veces tiró de la cola á mi perro; jé! jé! jé!

—Decid, señora, si entre los cadáveres se encuentra el de don Félix.

—No, por mi vida lo juro, y ved que soy escasa en esa materia; yo sé que el capitan ha seguido para Querétaro de donde saldrá para Guanajuato á seguir la campaña.

—Cómo sabeis eso, señora, dijo Treviño, si en el mismo cuartel general se ignora?

—Ese Calleja, ese tigre que acaba de derramar tanta sangre, desconfia del mundo entero: basta que se le pregunte algo, para que no responda, recela espionaje de todos los que le rodean, y se empeñará en ocultaros lo que mas deseais saber.

—Puede ser muy bien, hija mia, dijo el inválido.

—Ademas, continuó la vieja, que la caballeria poco se ha batido entretenida en el alcance de los fugitivos----

—Bien, bien, le interrumpió el portugues, ya veremos mañana; cenemos, Rosalía, y no hay que afijirse, las desgracias se saben en el acto, ya algunos de sus soldados lo hubiera dicho, ademas, que hay cosas que no pueden ocultarse.

Pusiéronse los tres á la mesa y comenzaron á cenar. Rosalía apenas probaba los bocados por no disgustar á su padre.

—Y sois feliz, señor de Sariñana? preguntó la vieja.

—Me lo decís con un tono tan singular! observó el inválido.

—Qué hay en ello de extraño? os pregunto simplemente si sois feliz.

—Sí lo soy, señora, he llevado una vida de desgracias; pero el cielo me concede en mis últimos días, la paz que durante tantos años le he pedido.

—Sea en buena hora, ¡y no temeis que se interrumpa?

—No, no lo creo.

—Y los recuerdos todos de vuestra juventud se han extinguido bajo el hielo de vuestras canas?

—Yo no tengo mas recuerdo que el de mi esposa, la madre de esta niña.

Rosalía estaba con la frente apoyada sobre la mesa, sin prestar atención á lo que se decía.

—Me contaron que vuestro hermano-----

—Quién os ha dicho que yo tengo hermanos?----- ya todos murieron.

—Os engañais, queda uno.

—Pareceisme bruja.

—Tal vez!

Rosalía alzó la cabeza y fijó sus brillantes ojos en el semblante de la vieja.

—Yo puedo, continuó, ser vuestra amiga, vuestra buena amiga.

—Yo no necesito de la amistad de nadie.

—No digais eso por Dios, que estamos sobre un terreno asaz resbaladizo.

Treviño no respondió.

—Debo comenzar por haceros notar que sois muy imprudente.

El inválido dió un muletazo contra el suelo.

—Disfranzais vuestro rostro, os mudais el nombre y no ocultais á vuestra hija.

—Quién sois? preguntó airado el portugues.

—No griteis, caballero, que pudiérais comprometeros seriamente; sois hermano del inquisidor Clavijero, y bajo el nombre de Manuel Treviño habeis vivido en Valladolid; ese pie lo

perdisteis en el *borceguí* del tormento, os escapásteis del Santo Oficio, el cura Hidalgo á quien revelásteis vuestros secretos en el confesonario, os protege, pasais en el pueblo de Dolores por un inválido, y sois el portugues á quien persigue la Inquisición y está próxima á quemar en estatua mientras os echa el guante.

—¿Quién es esta mujer? gritó airado Treviño.

—Oyeme, Núñez de Clavijero, yo he sido para tí la fatalidad----- sí, te he perseguido con rabia indomable al través del oceano y de los días, hasta verte en el lecho de la desesperación y del sufrimiento----- entónces----- ¡noche lúgubre y tenebrosa!----- mis dolores se apagaron como por encanto y la sed de venganza quedó satisfecha----- ay!----- del mundo de la fiebre que consumió mi juventud y mi belleza, me trasporté al abismo oscuro del remordimiento, y el cielo en su piedad me ha concedido el favor del llanto para borrar esa historia de rencores, para consumir la última llama de la hoguera levantada en el fondo de mi alma, como la tea de la fatalidad----- Sí, yo he comenzado á ser buena, y en descuento de mis culpas, Dios me envia á favorecer á los que he perdido----- Núñez de Clavijero, tú eras pirata y has derramado la sangre de los hombres, y la justicia del cielo derrama la tuya por mano de tu hermano....

—Silencio! gritó Treviño, mi hija está delante.

Rosalía estaba fuera de sí, le parecía que soñaba.

Treviño se creía presa de la locura.

—¡Conque tú me has lanzado el tormento, y vienes ahora con llanto tardío á restañar las heridas abiertas en mi corazón!----- yo no te conozco, no sé quien eres, ni quien te impulsa hácia mí!----- recelo de esa mujer!-----

—Estas loco! gritó la vieja.

—Yo romperé el velo que tengo delante de mis ojos!

Y quiso precipitarse sobre la hechicera.

—Atras! miserable demente, dijo la anciana, y repelió con

un movimiento nervioso al inválido, que intentaba despojarla del manto.

En aquellos momentos se oyó una voz fuera de la casa que dijo:

—Abrid la puerta en nombre del Santo Oficio!

—La Inquisición! dijo asustado el señor de Treviño.

—La Inquisición! repitió sombríamente Rosalía.

III.

Adelantóse la vieja y abrió resueltamente la puerta.

Presentóse el padre Pontolongon seguido de alguaciles, soldados y el justicia de la ciudad.

—Me habeis vendido! dijo Treviño al clérigo.

—Mi conciencia está ántes que todo, señor de Treviño; vos sois prófugo del Santo Oficio, y esa jóven cuyo solo aspecto me llena de terror, es doblemente criminal, pues ha colgado por dos veces los hábitos para ceñirse las galas del mundo.

—Sois un miserable.

—Señor, dijo el justicia, teneis aquí al padre Pontolongon que os denuncia, ya lo habeis oido.

—Es cierto cuanto ha dicho; pero yo he sufrido ya el tormento y creo-----

—No es de mi incumbencia juzgar ese negocio tan delicado.

—Ved, caballero, que me lanzais á una situacion amarga.

—Siento demasiado tener que aprehenderos, lo mismo que á esta señora.

Rosalía dió un espantoso grito.

—Disimulad una palabra, señor justicia, dijo la vieja.

—Que me quiere esa mujer.

—Oidme.

La autoridad y la vieja se pusieron á hablar en un rincon de la estancia.

—Ved, caballero, decia la bruja; esta es la órden del señor corregidor de Querétaro para la salida de esta jóven del convento de las Claras.

—Veo una órden de depósito, y este lugar no es seguramente el señalado para-----

—Comprendo, caballero; pero la señora condesa del Milagro se encuentra en el lugar y le ha permitido á esta señora que venga á saludar á su padre.

—Tendremos que averiguarlo, necesito ver á la señora condesa, intertanto me apodero de la delincuente.

—De todos los delincuentes querreis decir, señor justicia; porque en esta casa todos son herejes.

—Callad, gritó Treviño, ú os abro la cabeza!

—Ya lo veis, caballero, ya lo veis, quiere profanar esta cabeza coronada atento mi carácter, desea mi muerte, pretende asesinarme.

—Silencio todos, dijo la autoridad.

—Es que hay un negocio sumamente grave, todas estas gentes saben que soy espía de ese cura Hidalgo, y conviene que no vuelvan á ver la luz, al ménos mientras yo desempeño mi comision; figuraos, que esos diablos de insurgentes me degollarían vivo.

—Ojalá! dijo el inválido.

—No soy de vuestra misma opinion, lo que es en ese punto no estamos de acuerdo.

—Podeis marcharos, y estad seguro de que administraré recta y cumplida justicia.

—Bien, bajo esa garantía me marchó y os suplico de nuevo que los asegureis; porque cuando uno arriesga el pescuezo-----

—Comprendo.

—Adios, y no hay que olvidar que-----

—Sí, está bien, marchaos.

—Y no dejes de avisar que yo he sido el denunciante de los portugueses, no vaya otra persona á aprovecharse de mis servi-

cios; yo, el presbítero Cipriano Pontolongon he sido el único denunciante.

El justicia guardó silencio, esperando á que se marchase el clérigo.

—Veo que nada tengo que añadir, si no es pidiendo una excusa; porque cuando uno arriesga el pescuezo----- ya me comprendéis----- adios.

—Nos veremos, caballeros, dijo el clérigo y se marchó violentamente.

—Ese hombre es un miserable, caballero.

—Doña Rosalía Treviño, daos á prision, dijo la autoridad con voz solemne.

—Señor, la condesa del Milagro es la depositaria de mi persona, dirigios á ella, que es la única responsable

—Don Manuel de Treviño, daos á prision en nombre del rey.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Insisto, dijo la vieja, en que veais ántes á la condesa.

—Para eso seria necesario que estuviese aquí presente.

—Lo está, dijo la bruja, y echándose atras el manto, se presentó al justicia que ya la conocia.

—La condesa del Milagro! dijo el alcalde.

—Zaida!----- Zaida! murmuró Treviño cubriéndose el rostro con las manos.

—Por esta orden, dijo la condesa, mi casa no puede ser allanada; en consecuencia, podeis, señor justicia, permanecer en ella solo como un buen amigo.

—Es cierto, señora.

—Acompañadme, que tengo algun asunto de importancia que comunicaros.

El alcalde dió el brazo á la condesa, y saludando á Treviño y á su hija salieron seguidos de los soldados, corchetes y alguaciles.

CAPITULO IV.

PRINCIPIO DE UNA VENGANZA.

I.

El inquisidor don Pedro Núñez de Clavijero, agobiado por los tormentos que pesaban sobre su conciencia, habia querido neutralizar las inquietudes de su espíritu lanzándose en el mar agitado de la revolucion.

La gitana le habia pronosticado que moriria á manos del torero Marroquin, y el inquisidor soñaba con la imágen de aquel hombre destinado á ser su verdugo en el porvenir.

Ya hemos dicho que el inquisidor se refugió en el convento del Carmen de Celaya despues de la escena terrible de la Inquisicion, y que allí habia pasado catorce años mortales de austeridad y de penitencia.

La noche en que la bruja lo fué á sacar de su letargo religioso, se improvisó en soldado, y ya lo hemos visto batirse como un desesperado en la toma de Granaditas.

Aquella noche funesta se salvó merced á la casualidad, si-